

EMOTIVA CARTA DE MAHVASH SABET

Prisión de Evin, Teherán, noviembre de 2023

Cuando se produjo la revolución, yo tenía 26 años y era directora de una escuela en el sur de Teherán. Un día recibí una orden: me habían "descalificado" para trabajar.

Por la misma época, también me "descalificaron" para seguir estudiando en la universidad. Mi marido volvía a casa una vez cada 15 días. Llevaba varios años trabajando en un contenedor de aluminio a las afueras del río Karaj, en Shahriar, hiciera frío o calor, construyendo una fábrica de arena y grava. Pero una semana antes de su puesta en marcha, confiscaron su fábrica. También a él le habían "descalificado".

Mi padre, mi hermano, nuestros parientes y amigos, nuestros correligionarios, todos se quedaron gradualmente sin trabajo y sin casa, quedando nuestras vidas todas en el camino de una tormenta. Cientos de personas fueron detenidas y encarceladas en todo el país, y todos los días oíamos por la radio noticias de la ejecución de conocidos y amigos. El cien por cien de los bienes y propiedades de nuestra comunidad, así como los de muchos de nuestros correligionarios, fueron confiscados. Casi 250 personas fueron ejecutadas por el mero hecho de ser bahá'ís.

Las instituciones bahá'ís elegidas, responsables de gestionar los asuntos internos de nuestra comunidad también fueron clausuradas. Nos "descalificaron" a todos juntos. De repente, nos arrebataron nuestra patria ancestral y nos convertimos en "los otros". En medio de acusaciones sin fundamento y golpes impactantes, fuimos injustamente "descalificados" de nuestros derechos de ciudadanía, de oportunidades laborales, de acceso a la educación superior, de la posibilidad de brindar un servicio sincero y de defender nuestras creencias, las cuales estaban siendo constantemente atacadas y distorsionadas. Incluso se nos negó la posibilidad de tener relaciones humanas normales con nuestros conciudadanos.

Cuando me detuvieron en 2008 y pasé dos años y medio en celdas estrechas, oscuras y de alta seguridad, bajo presión e interrogatorios, y cuando los siete miembros de un grupo conocido como "Yarán" o "Amigos" de Irán fuimos llevados ante un tribunal con petición de pena de muerte e incluso condenados a 20 años de prisión por el servicio voluntario de gestionar nuestra comunidad, no dejaba de repetirme que, algún día, lo escribiría todo y expondría la falta de fundamento de las acusaciones de espionaje.

Le diré a la gente que nunca hemos traicionado a nuestro país. Amamos a Irán y deseamos que sea un país digno y orgulloso. Una cláusula legal acabó reduciendo nuestras condenas de 20 a 10 años y, al cabo de ese tiempo, los siete fuimos puestos en libertad. Pero incluso fuera de los muros de la prisión yo había sido “descalificada”.

El día de mi liberación, nadie vino a recibirme. Mi familia esperaba mi liberación al día siguiente. En la prisión, no me permitieron hacer llamadas telefónicas. Así que, sin que mi familia lo supiera, sin dinero e incluso sin la dirección de mi casa, salí de la prisión de Evin. Una extraña ansiedad se apoderó de mi corazón. ¿Por qué me habían hecho esto? Me habían arrebatado mi alegría. Una persona amable me ofreció su teléfono para informar a mi familia. Pero, involuntariamente, retiré la mano. Me daban miedo los teléfonos móviles, que estaban prohibidos en la cárcel. Además, ni siquiera sabía encender uno.

Me quedé de pie en las escaleras durante hora y media hasta que llegó mi marido y nos fuimos juntos a casa. Había tardado años en cambiar mis hábitos y adaptarme al mundo cerrado y despiadado de la prisión bajo las cámaras del circuito cerrado de vigilancia, y ahora tenía que volver a cambiar mis hábitos físicos y mentales, adaptarme psicológicamente, lo cual no era fácil. Cruzar la calle me llenaba de miedo y ansiedad. Sentía ansiedad en los grandes almacenes. La velocidad y la congestión de las calles me provocaban dolores de cabeza y náuseas. Los cambios rápidos me mareaban y me debilitaban. A veces, cerraba los ojos para no ver el bullicio. Había desarrollado agorafobia. Todo había cambiado.

El mundo que conocía y la imagen que durante años había tenido de la vida fuera de la cárcel ya no existían. Los niños habían crecido y el polvo de la vejez se había posado incluso sobre los jóvenes. Muchos habían abandonado Irán. Unas veces preguntaba por alguien que había muerto. Otras veces veía a amigos cuyos nombres no recordaba. Y a menudo confundía a una persona con otra. La tecnología era impactante. La primera vez que miré fijamente a los ojos de mi hija en la pantalla de un teléfono móvil, mientras llamaba desde Australia, me quedé asombrada y lloré. Pedir un taxi mediante una aplicación, Waze, los ordenadores e Internet me asombraban, y mi falta de habilidad en estas áreas me molestaba. No reconocía la moneda actual y no podía creer la inflación y el aumento de los precios. Prefería limitarme a compras mínimas, como en la cárcel. Mi velocidad había disminuido considerablemente. Me sorprendían y cansaban las reuniones multitudinarias y la naturaleza de las conversaciones. La fiebre y la emoción de la libertad y las visitas iniciales a amigos y familiares acabaron por remitir, a lo largo del año, y ante la insistencia de amigos y familiares hice algunos viajes nacionales e internacionales.

Pero dondequiera que estuviera, era una extraña, la mitad de mí seguía en prisión junto a mis compañeros de celda. Los sufrimientos de las mujeres de las cárceles de Mashhad, Gohardasht, Qarchak y Evin, con las que había convivido, nunca me abandonaron.

Me había convertido en una persona dividida. Dos años y medio de lucha de la sociedad contra el COVID y los confinamientos, intensificaron mi aislamiento. Lo único que pude hacer durante estos años fue escribir, y preparar una parte de mis poemas de la cárcel para su publicación, gran parte de los cuales probablemente he perdido ahora durante la última redada en mi casa.

Anhelaba ver a mi único nieto (que está en el extranjero) y obtener un visado. Pero la "muerte" no me dio tiempo. Mi "muerte" fueron esos hombres acechando para atacar mi hogar nuevamente, después de dos años y medio cuando me fui a un corto viaje a Ramsar. Atacaron la casa de mi hermana en Ramsar, donde me estaba alojando mientras me recuperaba del COVID, y me trasladaron a la Sección 209 de la Prisión de Evin después de acusarme. No podía adivinar por qué me habían arrestado hasta que vi en la orden de arresto en el Tribunal Revolucionario de Ramsar: "Pertenencia a la perversa secta Bahá'í".

Durante 42 días, en confinamiento solitario, fui sometida a los interrogatorios más desgarradores, acompañados de violencia, insultos, amenazas y difamación. Mis síntomas de COVID eran graves y, al menos en tres ocasiones, tuve que acudir a la enfermería debido a intensa tos, dificultades respiratorias y dolor e hinchazón en las rodillas. Desde esa misma sección de la prisión, me llevaron a la oficina del fiscal junto a Evin para conocer la nueva acusación de "dirigir un grupo bajo el nombre de una secta perversa y descarriada con el objetivo de perturbar la seguridad nacional".

Escribí al fiscal de Teherán que estaban inventando un caso en mi contra. No aceptó esta acusación, y es imposible que exista ni siquiera un solo documento o evidencia para probarlo. Le pedí al fiscal que se encargara personalmente de mi caso. Dije lo mismo al representante del fiscal, con quien pude reunirme, y tomó nota. Pero fui "descalificada" y no recibí respuesta. Escribí al investigador de la sección que esta acusación carecía de fundamento y no tenía ninguna evidencia, y si podían presentar, aunque solo fuera a tres personas en este país a las que yo hubiera manipulado de alguna manera y con algún propósito, para demostrar la acusación, yo la aceptaría. El juez instructor, sin siquiera mirar ni decir una palabra, me echó de su oficina.

Hasta el día del juicio, y todavía ahora, no se me ha permitido conocer el contenido de mi caso. No tuve ninguna reunión con mi abogado antes del juicio y no sabía si habían leído mi expediente o no. Pero, fuera lo que fuera, ¿Cómo podía tener lugar una defensa sin reunirse con el acusado ni ponerse en contacto con él? El juez también nos “descalificó” en la breve sesión del juicio. Al cabo de cinco meses, en un frío día de invierno, con la misma ropa de algodón de verano que llevaba en el momento de mi detención, me trasladaron al pabellón de mujeres de la prisión de Evin. Tenía el cuerpo agotado y las rodillas doloridas e hinchadas de tanto empujarme contra la pared de la sala de interrogatorios.

Regresé al pabellón de mujeres de Evin donde, menos de cinco años atrás, después de soportar 10 años de encarcelamiento, había besado el suelo frente a mis compañeras de celda y me había ido a casa. Mi única amiga y compañera, Fariba Kamalabadi, que también había sido “descalificada” toda su vida, vino a saludarme y me informó de que ambas habíamos sido condenadas a otros 10 años de prisión. Y al mismo tiempo de recibir este veredicto, mi esposo, después de años de lucha y esfuerzo, tuvo que entregar las llaves de la casa, que era el fruto de toda su vida de trabajo, a los hombres que habían confiscado nuestro hogar. Dejô para siempre la casa que amaba e incluso conocía cada hoja de sus árboles. Me enteré de que, a nosotros, los bahá'ís, nos han “descalificado” durante 45 años de tener una vida normal en nuestra tierra ancestral.

Recuerdo que hace años, cuando le dije al interrogador que un día saldríamos de esta prisión, me dijo: “Sí, pero nosotros determinamos si es en horizontal o vertical”. Ahora ya no veo un horizonte ante mí y he perdido la esperanza en la justicia del gobierno.

Me dirijo al pueblo de Irán. Si nuestro gobierno nos ha “descalificado” de por vida, por favor, no nos descalifiquen ustedes. Al igual que cualquier otro habitante de esta preciada tierra, tenemos el derecho a una vida digna. A disfrutar de derechos civiles. A tener empleo y negocios acordes a nuestras habilidades. A asistir a la universidad. A mantener relaciones mutuas respetuosas con nuestros conciudadanos.

Todo el mundo tiene derecho a tener sus creencias y a vivir de acuerdo con ellas. Todo el mundo tiene derecho a la comodidad y la seguridad y a estar a salvo del acoso o la agresión de cualquier persona o grupo, y a dedicar toda su fuerza y capacidad a la prosperidad del país, en lugar de a defenderse.

Mi historia es la tuya, y nuestra historia es una. Por favor, no nos “descalifiquen”, y escuchen nuestras historias de nuestra propia boca.

Mahwash Sabet